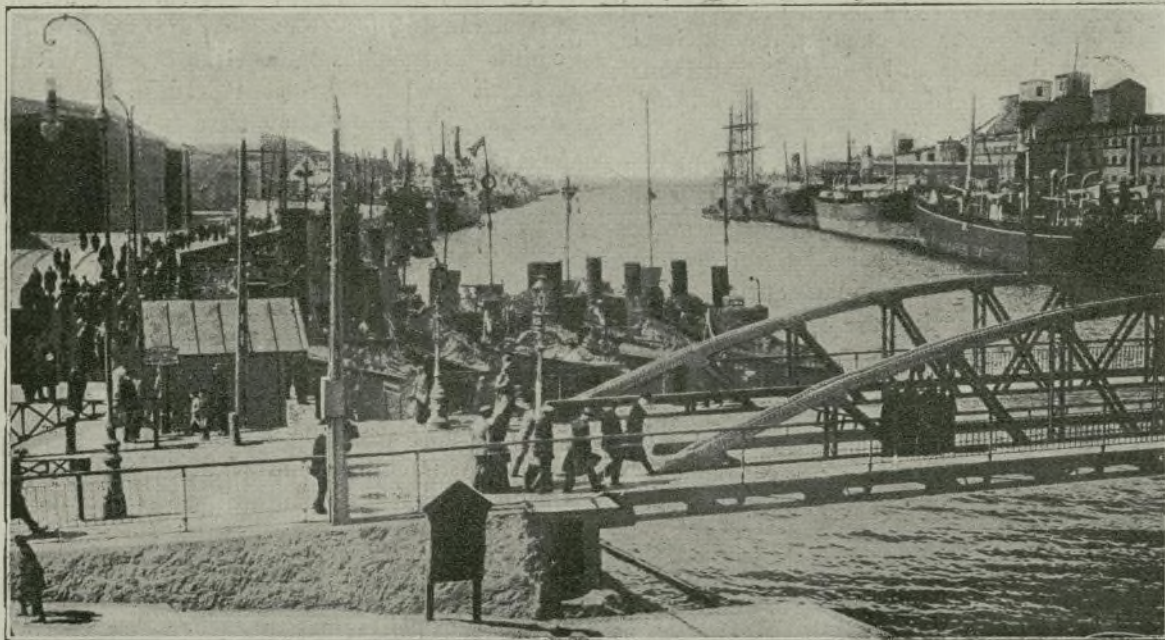


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 64.—BARCELONA 18 DE AGOSTO DE 1915



El puerto de Libau (Rusia); en primer término varios torpederos alemanes

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. La suerte de Polonia.—II. Los dos reinados

I.—La suerte de Polonia

¿Habría todavía quien crea en las frases de libertad de los pueblos, justicia, derecho, que tanto prodigan quienes menos las han practicado hasta el presente? Como juguete nuevo, que nunca han usado, no se cansan de manosearlas.

¡Triste ironía de los hechos! Después de más de un siglo de tiranía y vejámenes, en que la opresora fué Rusia y la víctima Polonia; al cabo de un año de solemnes promesas del tío del czar, el gran duque Nicolás; tras una serie de dilaciones y pretextos en que es maestra la burocracia rusa; ahora, cuando los alemanes son dueños de Polonia y los rusos han sido arrojados de ella, se anuncia en la Duma que el Gobierno de Petrogrado va a presentar leyes declarando la autonomía de Polonia, en nombre de la justicia, el derecho y la libertad. No parece sino que en las altas esferas moskovitas no se acuerdan de tan preciados dones de la civilización más que cuando ya no pueden llevarlos a la práctica. ¿En qué piensan, que no hicieron antes lo que ya no pueden hacer ahora? Vale esto tanto como legislar sobre la luna. El czar concederá a Polonia lo que se le antoje; pero ¿ha contado con la voluntad del nuevo dueño?

Si los aliados prosiguen obteniendo los mismos éxitos negativos que hasta aquí, Polonia, substraída por fin al yugo implacable de los eslavos, recobrará

su personalidad, y gozará, si no de todas las libertades de reino independiente, del derecho de gobernarse a sí misma y de arreglar como le convenga sus asuntos interiores. Lo triste será que este beneficio—beneficio es ya el mero hecho de escapar de las cadenas rusas—lo deberá al déspota, al tirano, al bárbaro y al perseguidor de los débiles. ¡Dios mío, cuánta farsa y cuánta garrulería!

El porvenir que aguardaba a los polacos si Rusia hubiera triunfado, puede colegirse del siguiente hecho. En Galizia (Polonia austriaca), Austria respetó el lenguaje, las costumbres, la religión; apenas hubieron invadido los rusos aquella provincia, desterraron de las calles y de las comunicaciones oficiales el idioma polaco, substituyéndolo por el ruso, persiguieron el culto, impusieron su burocracia. ¡Y todos esos errores y su conducta secular, pretender borrarlos con unos cuantos discursos en el Parlamento, henchidos de frases sonoras, que inspirarían risa si no despertaran indignación!

¡Pobre Polonia! Ya que Bélgica ha sido destruzada ¡sálvese aquel noble pueblo, que ha soportado, como ningún otro, las desventuras y horrores de una guerra entre los grandes colosos! Ninguno de ellos la miraba como propia. Siendo víctima sumisa y resignada, los tres beligerantes la trataban como enemiga. Hora es de que termine el largo martirio de una nacionalidad que, a pesar de su servidum-

bre, ha dado constantemente pruebas de valer más que la esclava.

II.—Los dos reinados

Rusia trata de desquitarse de sus desastres en Europa, apropiándose un buen pedazo de Persia, Inglaterra se ha apoderado de Mitilene, luego de haber hecho lo mismo con Imbros y Tenedos, y va avanzando y extendiendo su dominación en el valle del Eufrates; por si acaso, tiene bloqueada a Grecia y hace lo que se le antoja en las aguas jurisdiccionales helenas. Todo esto tiene su justificación en la defensa de la neutralidad de Bélgica.

Italia ya no limita sus aspiraciones a lo que llama provincias irredentas, calificativo que tal vez les cuadraría mejor si caían en manos de los italianos; aspira a ocupar la Dalmacia, Istria... Serbia, después de clavar sus garras en Macedonia, defiende la libertad de los albaneses ocupando la Albania del Norte... Y también se obra de este modo en defensa del derecho y del respeto a los pueblos débiles.

Entre los aliados, el único que no puede imitar estos procedimientos es Francia; bastante tiene que pensar con el porvenir de Dunquerque y Calais, donde tan a gusto se encuentran sus amigos, los ingleses.

Y las únicas potencias que no han entrado en són de conquista en Asia y en Africa, y que en 1864, 1866 y 1871 no hicieron más que incorporar a la madre patria lo que por raza, por la historia y por la geografía les pertenecía, son las alemanas, representantes de la tiranía y el despotismo.

¿Qué pensarán de nosotros nuestros descendientes? No hay duda que encontrarán justo el castigo, que en forma de azote bélico, ha descargado sobre Europa; y es evidente asimismo que si, por fin, la victoria es de los imperios centrales, habrá triunfado el espíritu y el ideal—bueno o malo—sobre los apetitos y concupiscencias materiales, resueltamente malos. Esto iremos ganando los neutrales. La situación anterior era detestable, la que venga no puede ser peor, y es posible que sea mejor. Por lo menos, se habrá hecho un alto en el reinado, como ninguno otro tiránico e insoportable, de la materia. Los únicos que lo ven y lo reconocen, son los ingleses, acaso porque son los más incapacitados para entrar en el nuevo camino.

SI VENCIERA ALEMANIA...

V.—El porvenir de los pueblos balcánicos

Alemania tiene que recompensar, y recompensará a Turquía, la valiosísima ayuda que le ha prestado. Al mismo tiempo, le consta que el imperio otomano es un obstáculo para el desarrollo de la civilización en el S. O. de Asia, donde tantas esperanzas ha cifrado Alemania. Y a Grecia y Bulgaria hay que atenderlas e indemnizarlas por su neutralidad y actitud amistosa. Atenciones son estas contradictorias, y que realmente lo son si se las estudia superficialmente, sin llegar a la entraña.

No sueña el imperio alemán con expansiones territoriales en el S. O. y centro de Asia; busca solamente mercados para su comercio y buenas colocaciones

para sus capitales, y ambos fines se lograrán con creces con la victoria del imperio otomano, entregado después de la guerra, más aún que ahora, a la administración alemana. Persia y el Afganistán, que han de caer fatalmente en manos de Rusia o de Inglaterra, se inclinarán más gustosas a formar parte, sin perder su personalidad, del imperio turco, y en ambos países los alemanes serán, de hecho, los que obtengan los beneficios y exploten las riquezas. A la vez, harán de ellos el baluarte avanzado y vigilante contra los manejos de la Gran Bretaña y Rusia en Asia. En Anatolia, Siria, Palestina, Mesopotamia, Arabia y Armenia, comenzará la construcción de una vasta red de vías férreas, comenzando por la tan renombrada de Bagdad, y se crearán una multitud de explotaciones y negocios; con sólo el porvenir económico que se abra a Alemania en el Asia Menor, quedará compensado con creces el daño que se la pudiera inferir privándola de todas sus colonias. No parará en esto, ni será tan mezquina la intervención alemana en aquellas provincias. Imperando el método y el orden germánicos, la administración turca se modificará, entrará el imperio entero en el camino de la civilización, y ello se hará suavemente, sin trastornos, por la simple evolución, muy al contrario de lo que acontecería si la tiranía otomana fuera reemplazada de golpe por un nuevo señor, llamaráse Francia, Rusia, Italia o Inglaterra; hay siempre hasta en los países más atrasados y de gobierno más despótico, una multitud de intereses creados y de costumbres establecidas, que repugnan y se alzan contra los cambios bruscos, por beneficiosos que sean. La conservación del régimen político existente evitaría este período de turbulencias y pasiones, y la cultura y el progreso, no impuestos por la fuerza, sino por procedimientos indirectos, se abrirían paso sin convulsiones. En pocos años, el imperio turco habría sufrido los efectos de una revolución y transformación radicales, sin los contratiempos ni conmociones de un movimiento de esta clase, o de una conquista, que anulan por muchos años los frutos de un régimen político más adelantado.

Hermoso sería para Alemania devolver Egipto al Sultán y substituir a los ingleses en la administración del país. Si por una de aquellas circunstancias imposibles de prever, las escuadras de dreadnoughts ingleses desaparecieran en el fondo de los mares, Alemania impondría la evacuación de Egipto; siguiendo a flote los barcos británicos, lo intentará; pero no creemos que Inglaterra ceda en este punto, de importancia vitalísima para ella. Cuando menos, se restablecerá la soberanía nominal del Sultán sobre aquel protectorado.

No parece probable que Alemania quiera substituir a los italianos en Trípoli; allí caben cómodamente—siempre bajo la soberanía ficticia del Sultán—los austriacos, y acaso los griegos y aun pudiera ser que los búlgaros. No se olvide que no pudiendo ser el Mediterráneo de Alemania, interesa a este país—y a otros también—que sea de varios, sin que predomine excesivamente uno solo sobre los demás, como acontece ahora.

Finalmente, en lo que atañe a Turquía, las fronteras con Rusia se trasladarán a su asiento natural, donde ya estuvieron, en la divisoria de aguas del Cáucaso.

Bulgaria saldrá muy beneficiada. Parte no pequeña de Serbia le será anexionada, se internará un poco en Albania, avanzará en Tracia, de acuerdo con Turquía—con quien ha llegado ya a un concierto sobre este punto—, tendrá mayor salida al mar Egeo, y por el Norte, guste o no a Rumanía, su frontera será el Danubio hasta la desembocadura en el mar Negro. Bulgaria será así la célula a cuyo alrededor se irán agrupando, con el tiempo, los demás pueblos balcánicos, realizándose, aunque más adelante, el ideal acariciado por el rey Fernando y acometido prematuramente y con desgracia en 1913, más que en 1912.

Grecia, a su vez, se extenderá en Albania y, a expensas de Serbia, en Macedonia; recobrará no pocas de las islas que le pertenecieron, no todas, porque algunas se las reservarán como bases navales los dos imperios centrales. Tal vez ponga su planta en el Asia Menor, y, más verosimilmente, en Trípoli, al lado de los austriacos. Seguirá más confiada que nunca en trasladar un día su capital a donde la tuvieron los Constantinos, en el Bósforo.

Serbia y Montenegro, países los más inquietos y turbulentos del antiguo continente, desaparecerán, devorados por Austria, Bulgaria y Grecia. El régimen federal de Alemania acabará por implantarse en Austria-Hungría, y con Dalmacia, Bosnia, Herzegovina, parte de Serbia, Montenegro y un pedazo de Albania, se formarán uno o dos reinos o estados dentro del imperio austro-húngaro.

Rumanía, que tantas simpatías llegó a captarse en Austria y Alemania, en época muy reciente, las ha perdido por su conducta poco clara, su actitud enigmática, sus tentativas de aproximación a Rusia y sus amenazas poco disimuladas a Austria. Es, en pequeño, un caso parecido al de Italia. Vacilando y sin atreverse nunca, ni ha sabido leer en lo porvenir y se expone a perder, gane quien gane, porque sus dos vecinos principales son demasiado poderosos para jugar con ellos; llegó a creer que podría repetir la fácil y desembarazada maniobra que tan buenos resultados le dió en 1913, a costa de Bulgaria, sin otra razón, hablando sin eufemismos, que la de aprovechar la ocasión, y se va a equivocar; se arrepentirá, si no se ha arrepentido ya, cuando sea tarde. Como quiera, es de esperar que Austria trate de asegurar algo más sus fronteras de la Bukovina a expensas de Rumanía, pero, al mismo tiempo, se ofrecerá a este reino, toda o parte de la Besarabia rusa, con objeto de crear un enemigo más contra el peligro ruso y formar un recio valladar que detenga los eventuales avances de los eslavos hacia las naciones balcánicas. En definitiva, la extensión territorial de Rumanía aumentará. No obstante, si Rusia se sale de la guerra oportunamente, sin esperar su derrota final, Rumanía no ha de forjarse ilusiones, porque sólo le están reservadas mermas y no compensaciones. Es claro que tomando partido por los austro-alemanes antes del aplastamiento de Rusia, los beneficios que obtendría serían de gran consideración. Influirá también en su porvenir la conducta que adopte respecto al paso de material de guerra y mercaderías desde Alemania a Turquía, conducta que ha tenido varias fluctuaciones y alternativas. Rumanía quiere pasarse de lista, y no le queda mucho tiempo para conseguirlo o para fracasar lastimosamente

y sufrir la ley del vencido, sin haber tomado parte en la guerra, como hace dos años participó de los frutos del vencedor, sin derramar una sola gota de sangre.

LAS TRES BATALLAS DE LEMBERG

La reconquista de Lemberg es el segundo fruto del ataque de ruptura del Dunajec, el segundo objetivo del plan de operaciones austro-alemán.

El plan estratégico de Conrad von Hötzendorf «el Moltke austriaco», ha tenido un triple éxito militar, político y moral. Militar, porque el adversario ruso ha sido arrojado de posición en posición sin poder parar los pies en ninguna parte y hoy se ve seriamente amenazado en su flanco; político, porque Lemberg es la capital de Galizia; moral, porque desde la primera ofensiva rusa, en septiembre del año pasado, contra Austria, Lemberg quedó en poder de los moscovitas, quienes la consideraban ya como la capital de la nueva provincia conquistada, llenando así su ambición acariciada desde largo tiempo.

La primera batalla de Lemberg tuvo lugar en los alrededores E. de la ciudad.

Los ejércitos de Brudermann y Boehm-Ermolli, de débil efectivo, tenían por misión cubrir la parte Este de Galizia, mientras los ejércitos de Dankl y Auffenberg avanzaban sobre Lublín y Cholm, y ya habían batido resueltamente al adversario en varias cononadas batallas. Pero ¿qué pasó después de esta marcha triunfal de los austro-húngaros? El ejército ruso, que los alemanes y austriacos lo creían aún movilizándose, habíase concentrado y estaba, por consiguiente, en condiciones no sólo de oponer grandes masas de tropas a los austro-húngaros que se internaban en Polonia, sino igualmente de avanzar con efectivo superior desde Volinia y Podolia contra Lemberg.

El 28 de Agosto fué atacado el ejército de Brudermann, cerca de Przemyslani, por un ejército ruso superior en número. Durante este día y el siguiente, pudo, sin embargo, aquel ejército sostener sus posiciones, mientras que el ejército de Boehm Ermolli intentaba desde el S. por Rohatyn y Halive atacar al ala izquierda rusa.—Este ataque fué parado en seco por los rusos; en consecuencia, el ejército de Brudermann se encontró en la imposibilidad de mantener más tiempo sus posiciones.—Los éxitos que obtuvo el ala Norte en los días 30 y 31 de Agosto no alteraron la situación general, que se manifestó desfavorable para los austriacos. El mando austriaco se vió en la necesidad de ordenar la retirada de los ejércitos hasta una posición favorable donde pudiesen concentrarse de nuevo y aguardar al ejército de Auffenberg, que había sido llamado en su socorro. El sector elegido fué el terreno que rodea los lagos de Grodek. Con la retirada tuvieron que abandonar a Lemberg, ya que no siendo plaza fuerte, no podían aprovecharla como punto de apoyo. El 2 de septiembre evacuaron Lemberg y dos días después penetraban los rusos en la ciudad.—La primera batalla de Lemberg había terminado con la retirada de los austriacos y la pérdida de la capital de Galizia.

El ejército de Auffenberg, a la noticia de los acontecimientos ocurridos en Lemberg, fué detenido en su marcha triunfal. Dejó fuerzas débiles al mando del Archiduque José Fernando, y, con la masa principal, se dirigió al S.—El 5 de Septiembre



Las cataratas del Isonzo

llegó a Rawa Rusca y avanzando su ala derecha alcanzó el 7 a los ejércitos que se habían retirado al sector Grodek. Auffenberg intentó dirigir su avance desde el N. contra Lemberg. Para apoyarlo fué el ejército de Boerewicz—que había reemplazado a von Brudermann en el mando—y avanzó el 8 de septiembre sobre los lagos de Grodek, en ataque frontal contra Lemberg.—La *segunda batalla* de Lemberg había comenzado. El ejército de Boerewicz tuvo varios éxitos sobre los rusos y llegó hasta 15 kilómetros de Lemberg. También el ejército de Auffenberg había obtenido algunos éxitos con su ala derecha. Pero los rusos entre tanto habían recibido refuerzos considerables y se lanzaron a la ofensiva desde el N. El ejército del Archiduque José Fernando fué empujado y el de Auffenberg atacado desde el E. y NE. cerca de Rawa Rusca, y puesto en crítica situación, porque los rusos avanzaron contra su retaguardia y penetraron entre este ejército y el de Dankl, que se encontraba delante de Lublín. Bajo esta situación estratégica desfavorable, y, no obstante el éxito táctico alcanzado al comienzo de la batalla, el mando austriaco ordenó la retirada general detrás del sector del San, pues, de continuar la lucha, los austriacos corrían el peligro de ser cortados completamente de sus comunicaciones de retaguardia. El 12 de septiembre tuvo lugar la retirada.

Es conocido también que más tarde el ejército austro-húngaro se vió obligado a abandonar la línea del San y retirarse más atrás. Así como también la ofensiva iniciada en unión del ejército alemán contra la línea del Vístula, llegó únicamente hasta el sector del San. Otra vez la presencia de considerables masas moscovitas obligó a los austro-alemanes a retirarse sobre Cracovia, donde se desarrollaron combates de posiciones.

Recientemente, a principios de mayo de este año, pudieron los austro-alemanes reanudar la ofensiva general, que por medio de las batallas de Tarnow y

Gorlice condujo a la *ruptura del frente ruso* y a la conquista del sector del San.

Después de la reconquista de Przemyśl, los rusos que se encontraban al E. del San, fueron nuevamente atacados; su frente fué roto de nuevo y por medio de una obstinada persecución arrojados detrás de los lagos de Grodek. Sobre la línea de los lagos y Werescica, pretendieron los rusos hacer alto y oponer resistencia al vencedor. También fueron derrotados aquí y puestos en fuga hacia Lemberg, donde aceptaron batalla y donde de nuevo fueron derrotados.—Al ejército de Boehm-Ermolli le tocó otra vez avanzar en ataque frontal; alcanzó por el S. el riachuelo de Szczerek, y cruzándolo llegó al S. de la ciudad. Igualmente desde el N. avanzó el ejército alemán de von Mackensen, realizando el golpe que en septiembre no pudo el desgraciado Auffenberg. Los rusos fueron rodeados por tres costados, atacados enérgicamente, derrotados y puestos en fuga.—El 2.º ejército austro-húngaro de Boehm-Ermolli hizo su entrada triunfal en Lemberg el día 22 de junio y la bandera de la doble monarquía volvió a flamear en la capital de Galizia.—La *tercera batalla* de Lemberg estaba librada, y los austro-alemanes ciñeron la victoria a sus banderas.

J. C. GUERRERO

Berlin julio 24 de 1915

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los bárbaros

—¿Conoce V., señor A, los motivos que indujeron a los franceses a llamar bárbaros y tiranos a los alemanes?

(El señor A) —¿Cómo no? Los bombardeos de las catedrales, la destrucción de Lovaina...

—Está V. muy equivocado. No se habían aún movido de su país los que han resultado invasores en el E. y el O., cuando comenzó, ardorosa y viva, la campaña de difamación.

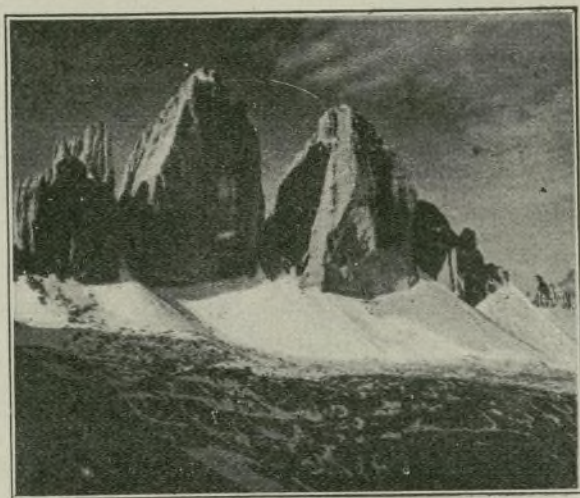


Santa Lucía en el Isonzo

(El señor B).—Es mucha pretensión la de V., don Subrio. Como es imposible que nos acordemos de todos los sucesos pasados, pintará V. las cosas a su gusto.

—No pondré nada de mi cosecha, Veán ustedes

estos periódicos franceses, cogidos al azar entre los muchos que guardo de los primeros días de la guerra. Oigan Vds. estos párrafos del editorial del *Temps*, del 4 de agosto, escrito, por consiguiente, antes de que estallara la guerra: «Eduardo VII quiso



Las «tres agujas» en los Alpes del Tirol

—citamos las mismas palabras que oímos de sus labios—*libertar a Europa de la tiranía alemana*. Profundamente pacífico, había concebido la liberación en la paz. Pero también admitió la posibilidad del otro método. La hora ha sonado hoy. El gran rey no puede ya presidir el esfuerzo. Pero su espíritu vive en su hijo y en su pueblo. Rusia, Francia, Inglaterra, soldados del derecho europeo, de las libertades europeas, quieren, con el apoyo de los belgas y serbios, responder al llamamiento del muerto y romper la tiranía alemana.»

(El señor A).—No encuentro nada de particular en estas frases: lenguaje moderado, ideas...

—¡Apenas! El *Temps*, da la consigna; la ejecución viene después. Por de pronto, comienza ya con los tópicos del derecho, la libertad y la tiranía. Lo más grave, empero, es que al sesudo *Temps* se le olvidó la prudencia—¡oh, consecuencias de la vejez!— y señala sin ambages al rey Eduardo como el promotor del actual conflicto. ¡Verdad como un templo, pero que los ingleses han negado!

(El señor B).—Y han hecho bien, porque no es cierta tal imputación.

—Póngase V. de acuerdo con el *Temps*, señor B, que la oyó de la propia boca del soberano. Aquí tenemos un artículo, titulado «Nación de bárbaros», publicado en *La Petite Gironde* del 6 de agosto y firmado por Maxime Vernant. Uno de los párrafos dice así: «La enseñanza de las Universidades alemanas, con la que se nos ha golpeado tan a menudo los oídos, nos aparece en toda la plenitud de sus resultados. Ha creado una raza de bárbaros. Ha constituido una nación que no cree más que en la fuerza sojuzgando todos los derechos, una nación de salvajes armados en medio de una Europa civilizada que sólo anhela vivir en paz.» He aquí un trozo de la alocución que Jules Escarguel dirigió a los soldados franceses en *L'Indépendant des Pyrénées-Orientales*, del mismo 6 de agosto: «Por consiguiente, soldados, no sois sólo en la hora presente los defensores del suelo sagrado de la patria, de nuestros derechos y de nuestras libertades nacionales. Cumplís otra misión

más elevada, más noble, más sublime aún. Sois, ante los bárbaros, ante esos germanos que han conservado el alma brutal, inícuo, opresora, de sus feroces ascendientes, los campeones de la paz universal, sin la cual no podría haber verdadera civilización.» Por vía de entremés, examinen Vds. estos títulos de varias gacetillas y telegramas de *La Dépêche*, siempre del 6 de agosto: «Bandidos y malvados.» «Los bárbaros pueden también ser locos;» «Los alemanes tienen tupé;» «La mala fe teutona;» «Cómo Guillermo II, desleal y ruin, ha hecho estallar la guerra europea.»

(El señor A).—¡Son periódicos de segunda fila los que V. lee, y no merecen...

—Daré a V. gusto, señor A. El *Temps* del 6 de agosto, da noticia de la sesión de la Cámara de diputados, el día 5, en que Mr. Viviani leyó la declaración de guerra; fijense Vds. en estos párrafos elegantes y castizos: «¿Cómo describir la actitud llena de nobleza de toda la Asamblea durante estas lecturas? Ni una interrupción, ni una nota discordante. Cuando, a través de estas frases para siempre grabadas en los fastos de la historia, para el nombre de Alemania—nombre execrado desde ahora—, ni una palabra; el silencio, más aplastante de desprecio que cualquier palabra. Cuando vienen el homenaje, el saludo, a Bélgica, Italia, Inglaterra, Rusia, a las naciones civilizadas que se apartan de la barbarie germánica, a la cual van a combatir, la Asamblea en masa, con un movimiento espontáneo y unánime, se vuelve hacia la tribuna diplomática; largos aplausos aclaman a los representantes de las razas civilizadas.» ¿Desean Vds. que siga leyendo más periódicos?

(El señor A).—¿Para qué? ¡si no me ha de convencer V.!

—Ni lo pretendo; me basta con que se ponga V. de mal humor; ello prueba que me asiste la razón.

(El señor B).—¿Será V. capaz de negar, don Subrio, que los alemanes han cometido mil desmanes y atropellos?

—Fíjese V., señor B, que sólo hemos hojeado la



Arco, en el Trentino meridional

prensa francesa de los días 4, 5 y 6 de agosto, antes de que se rompieran las hostilidades. Repase V. estos periódicos y se persuadirá de que lo único que imputan a los alemanes es el fusilamiento de algunos alsacianos, entre ellos el tristemente célebre di-

bujante Hans, y sabe V. lo mismo que yo, que luego resultaron falsos y sin fundamento esos tusilamientos. En cambio, en estos mismos periódicos leo lo siguiente: telegrama de Amberes, 5 de agosto: «La multitud, exasperada, ha saqueado, en los muelles, numerosos cafés, un gran restaurant y el consulado de Alemania. Los tumultos se han repetido por la noche, y el gobernador militar, aplicando la ley marcial, ha promulgado un decreto expulsando a todos los alemanes del territorio de Amberes, a partir de esta tarde.»

(El señor A).—¿No había motivo más que sobrado, por la violación de la neutralidad...?

—¿Todavía andamos a vueltas con la neutralidad de Bélgica? ¡Bien! No se incomode V., señor A; démonos un paseito por París. El *Temps* del 4 de agosto, no lo olviden Vds., del 4 de agosto, dice lo siguiente: «Los escaparates de los comercios cuyos directores se sospechaba eran de origen alemán, han sido destrozados, y algunas tiendas entregadas al saqueo. Voces hostiles a Alemania se oyeron hacia las cuatro de la tarde delante del laboratorio de la sociedad Maggi, en la esquina de las calles Condorcet y Rochechouart. Después, los manifestantes se lanzaron contra la verja de hierro que protege las grandes lunas del laboratorio y trataron de arrancarla. La intervención de algunos agentes ciclistas consiguió impedirlo. Pero, tres horas más tarde, la vigilancia de la policía se descuidó y se produjo un tumulto de varios centenares de personas en el mismo sitio; algunos individuos asaltaron el piso bajo, donde está instalado el laboratorio, y penetraron en él. Los cristales volaron a pedazos. Después, bajo las miradas de algunos guardias, impotentes, algunos sillones fueron arrojados a la calle e incendiados. Lo mismo se hizo en la calle de Maubeuge, 81, donde todo el material de un depósito Maggi fué pasto de las llamas. Los escaparates de varios almacenes de la misma sociedad fueron destrozados. Incidentes análogos y tan lamentables ocurrieron en la plaza de la Opera, 8; el escaparate del Royal-Café fué destruido; la planta baja y el primer piso, saqueados. Los asaltantes se trasladaron enseguida a la calle Louis-le-Grand, con intención de destruir el almacén de un sastre, Mr. Schwartz; por fortuna supieron que el industrial era alsaciano, y marcharon a un almacén de objetos de arte, boulevard de los Italianos, donde todo fué hecho pedazos. Lo mismo ocurrió algunos instantes más tarde en un almacén de porcelana establecido en el número 34. A media noche, la misma efervescencia se produjo en la esquina del boulevard y de la calle de los Italianos, al lado de las oficinas del *Temps*. El almacén de comestibles y salazones, dirigido por M. Appenrodt, fué asaltado, saqueado y destruido; los vidrios y escaparates quedaron despedazados. En la avenida de Clichy, en dos ocasiones, la multitud marchó al asalto de la zapatería titulada «Salamander», cuyo propietario es alemán, y hundió el escaparate. De la misma manera, en la calle Damrémont, 42, en el mismo barrio, la tienda de un panadero, establecido hace muchos años, ha sido saqueada. Las cervecerías Muller, en la esquina de la calle Thorel y los bulevares; Denoyer, calle de Strasbourg, en la estación del Este; Pschorr, boulevard Strasbourg, 2, quedaron con sus escaparates destruidos. Entre las casas a las

que se han roto los cristales ayer noche, se encuentra la cervecería Hans, del patio de Petites-Ecuries. Esta casa era muy conocida por los aficionados a la cerveza. La agresión de que ha sido objeto es tanto más de lamentar, porque pertenecía a un excelente alsaciano de Santa María de las Minas, M. Floderer, amigo de la infancia de nuestro colaborador el doctor Weisgerber, cuyos hermosos viajes a Marruecos son bien conocidos.»

(El señor A).—¡Expansiones de la plebe, muy lógicas y naturales! En cambio, los alemanes en Bélgica trataron sin compasión a la población civil de no pocos pueblos, incluso a las mujeres...

—El 3 de agosto no se había roto la paz; y en la guerra, si las mujeres hacen armas contra el ejército ¿qué van a hacer las tropas, sino reducir las por la fuerza?

(El señor A).—¡Es demasiado, don Subrio! ¡No hay paciencia que aguante! ¿Se atreverá V. a sostener que las mujeres belgas...?

—¡Oído a la caja! Aquí tengo el telegrama fechado en Amberes, el 11 de agosto, y publicado por la prensa francesa: «Herstal es una gran ciudad industrial. Todos los hombres válidos estaban ausentes cuando aparecieron los alemanes. Pero las mujeres habían jurado impedir a las tropas alemanas apoderarse de la fábrica de armas. Se armaron con revólvers y rechazaron varias veces las cargas de los uhlanos, y cuando agotaron las municiones, se barricaron en sus casas, de modo que al entrar los alemanes en las calles, las mujeres los inundaron con agua hirviendo. Se dice que 2,000 alemanes fueron puestos fuera de combate por las quemaduras. El viernes por la noche, la bandera belga flotaba aún sobre la fábrica de armas.» No añada el telegrama que los alemanes se portaron como unos bárbaros no correspondiendo con caramelos a este dulce trato. ¿Quiere V. que continuemos, señor A? porque todavía estamos muy lejos de Lovaina.

(El señor B).—¿A qué atribuye V. la campaña de exageraciones y falsedades que abrió el primer día la prensa francesa?

—Jean Herbette, en el *Echo de Paris* del 10 de agosto, lo declara: «Las noticias que hoy corren por los alambres del telégrafo, inspirarán los actos de mañana.»

SUBRIO ESCÁPULA

EL RESURGIMIENTO FUTURO DE INGLATERRA

De los escarmentados....

Inglaterra no puso jamás en duda la derrota de Alemania. Los millones de rusos, franceses, belgas, serbios, montenegrinos y, probablemente, italianos, darían bueda y rápida cuenta de los ejércitos austro-alemanes; ella haría acto de presencia para estimular a todos y tener derecho al reparto; y su escuadra conquistaría las colonias alemanas y se adueñaría de todos los mercados del mundo. El problema era tan claro, que Asquith y Grey no titubearon en cargar la responsabilidad sobre sus hombros. Pero, en el cálculo, Inglaterra sólo había hecho entrar los factores materiales, al fin y al cabo es práctica y descuella en los negocios, y despreció, mejor dicho, no vió los

morales; por vía de precaución, implantó la novísima teoría de hacer perecer por hambre a la población no combatiente de Alemania, y se preparó, tranquila y confiada, a recoger los frutos de su sagacidad.

¡Con cuánto asombro no vió que por encima del número de soldados y de cañones surgía y se destacaba un espíritu invencible, y que Alemania, la nación militarizada y tiranizada, fundía sus individualismos en un sentimiento colectivo, y que el aborrecido rival, austero y previsor, era el único, entre todos los beligerantes, que poseía un alma nacional! Inglaterra, Francia y Rusia ordenaban y disponían la guerra desde el gabinete; en Alemania, la hacía el pueblo en masa, animado de una sola voluntad. ¡Pero el pueblo se cansaría...!

La ilusión duró algunos meses. Poco a poco, las ramas de la encina rusa fueron tronchadas por el vendabal; un puñado de alemanes contenía y derrotaba a masas innúmeras de franceses e ingleses; los turcos como vivificados por un nuevo genio, desconocido y varonil, dispersaban a las escuadras aliadas y diezmaban al ejército expedicionario; los lirismos y arrogancias italianos no pasaban de los labios de D'Annunzio y de las columnas de la prensa. ¡Mas, no, no era posible! La culpa era de la escasez de municiones. ¡Cuesta tanto perder la esperanza!

Esta cuestión de la falta de municiones ha devuelto la claridad de juicio a los gobernantes ingleses; la venda que cubría los ojos, ha caído. Se quiso activar el trabajo, y los obreros se llamaron a engaño; se trató de que el país tomara participación más activa en la guerra, bien en las trincheras, ya en las fábricas, y el país protestó; era menester enviar carbón a Italia y reforzar las reservas del Almirantazgo, porque las escuadras consumían prodigiosas cantidades de combustible, y los mineros fueron a la huelga; se persiguió la ayuda, por modesta que fuera, de pueblos pequeños, y éstos, con asombro del omnipotente John Bull, le volvieron desdeñosamente las espaldas; los tremendos dreadnoughts tuvieron que encerrarse en los puertos, cuyas entradas se guardaron con cadenas, minas y torpederos; en vano los armadores clamaban el auxilio de la flota de guerra para que sus barcos no fuesen enviados al fondo del océano.... ¿Qué explicación había de cuadro tan inesperado? Una muy sencilla: Inglaterra se batía por el poderío comercial, por la riqueza, por los bienes tangibles, mientras Alemania luchaba por un ideal. Era el eterno choque entre el espíritu y la materia: aquél flota y permanece; la segunda se pudre y corrompe.

Inglaterra lo sabe ya; pero está tan avezada al mando y al dominio del mundo y conserva aún energías tan extraordinarias, que está dando un ejemplo de su grandeza digno de ser loado como merece. En lugar de fomentar ilusiones quiméricas

en su pueblo, como hacen los franceses y los rusos, reconocé su error, y lo reconoce por donde más humillante le puede resultar la confesión: ¡hay que imitar a Alemania! ¡es menester disciplinarse, purificarse, como el aborrecido rival! ¡se debe elevar la mente y prescindir en parte de los intereses materiales! ¡la nación es antes que el individuo, cuya felicidad es imposible si aquella gime bajo la desgracia!

Todavía hace más Inglaterra. ¡Cosa asombrosa! ¡Ya no es la escuadra el objeto predilecto de sus amores! Los submarinos alemanes le han demostrado que no son las armas, ni las máquinas, sino el temple de alma de los hombres quien obtiene las victorias. Ha comprendido, por fin, que no con los armamentos, sí por el espíritu de sus hijos, es como las naciones son positivamente fuertes. Y tendiendo la vista a todos lados, ha descubierto en el ejército que se bate en Flandes la parte más sana de la sociedad; sin pérdida de tiempo, ha comenzado a tomarlo de base para la reconstitución espiritual y colectiva del país. Por eso, a la vez que se prepara al pueblo para la derrota y se le habla cada día con más claridad, se rodea al ejército de una aureola de gloria y de prestigio y se difunden sus menores hazañas y acciones. En ese ejército está el porvenir de la patria, y a su alrededor se han de reunir todas las energías y esfuerzos, concentrándolos para abrir un régimen de vida que apenas tenga nexo ninguno con el actual.

Que los ingleses, que han sabido dominar a tantos y tan diversos pueblos, serán capaces de dominarse a sí mismos, no es posible dudarlo; la obra será ruda y lenta, pero se llevará a cabo. Posee aquel país la eminente cualidad, propia de las naciones realmente grandes, de admitir la verdad sin eufemismos, por dolorosa y desagradable que sea; el que la reconoce y se rinde a ella, tiene mucho adelantado en el camino de su redención. El que trata de deslumbrarse con fantasías y busca sobre quién descargar la responsabilidad de sus propias culpas—Francia desde 1871 acá—, está perdido.

Para esa magna labor, necesita Inglaterra que sus hijos se capaciten bien de su situación y del porvenir que les espera si no cambian de rumbo; por eso continúa la guerra. El día que la nación despierte, se firmará la paz; entre tanto, hay que evitar que llegue la derrota irremediable.

Esta guerra habrá puesto los cimientos de una nueva Gran Bretaña; tal vez su extensión territorial no sea tan inmensa; pero dentro de una centuria su fuerza intrínseca será mayor que ahora; de lo contrario, desaparecería del mapa, y son demasiado patriotas los ingleses para resignarse a la muerte. Inglaterra es un digno rival de Alemania. Deseemos que jamás se pongan de acuerdo.

F. LARÍN.

CRÓNICA MILITAR

I. La persecución.—II. ¿Es imposible el vencimiento militar de Rusia?—III. Se aproxima la ofensiva contra Francia?—IV. Sobre la posibilidad de la retirada rusa en los últimos días de julio.—V. Varsovia.—VI. La situación el 13 de agosto

I.—La persecución

Los frutos de la victoria se obtienen en la persecución. En la batalla se quebranta y descomponen al

enemigo; en la persecución, se le destruye e inutiliza. Verdades tan antiguas como la guerra, pero que muy rara vez se tornan realidades, no por desconocidas u olvidadas, sino por las dificultades que se

presentan cuando se está en el caso de aplicarlas.

Para que la persecución sea eficaz, se necesita, en primer término, que el vencedor disponga de una masa de tropas frescas y descansadas, que rompan la resistencia de las retaguardias enemigas y estén en actitud de marchar rápidamente, sin dejar de combatir; y, en segundo, que el adversario sea positivamente derrotado, no simplemente vencido o arrojado de sus posiciones.

Cuando la diferencia de fuerzas entre ambos bandos es muy grande, el más débil suele retirarse antes de que la batalla llegue al desenlace final, rompe el

obra de destrucción; las que envíe detrás del vencido, ya fatigadas, carecerán del vigor necesario para hacer marchas forzadas y librar continuos combates. Aunque así sea, a medida que aumente el botín se irá debilitando la vanguardia, por la necesidad de guardarlo y evacuarlo hacia el grueso del ejército. Por otra parte, no basta disponer de una masa combatiente que se encargue de la persecución: es menester asegurar su abastecimiento y sus comunicaciones, tarea tanto más difícil porque después de la batalla crecen prodigiosamente las atenciones que pesan sobre los servicios de retaguardia, en razón al



Patrulla alemana defendiéndose en las ruinas de una casa de la Polonia rusa contra el ataque de un destacamento enemigo

combate y se substraen a la persecución enérgica. Si hay equilibrio de fuerzas o la batalla tiene lugar entre ejércitos numerosísimos que ocupan un frente de muchos kilómetros, es punto menos que imposible que el éxito del vencedor se alcance en todos los puntos y con la misma intensidad; el vencido habrá acumulado de seguro sus masas en lugares no tan fuertemente cubiertos por el atacante, y éste tendrá que echar mano de sus reservas para coronar el triunfo. El resultado será que al emprender la retirada uno de los ejércitos, el otro tendrá empeñadas todas o casi todas sus tropas en combate, y no le quedarán fuerzas descansadas en número suficiente para completar la

número de heridos a quienes ha de atenderse con urgencia, al abastecimiento de municiones, víveres y material de guerra, al reemplazo de las bajas y a la prolongación y organización de las líneas de etapa.

La principal dificultad, sin embargo, es la de contar con tropas frescas, que entren en acción al dispararse el último cañonazo. Convenientísima, de frutos inmensos, es la persecución; pero lo primero es obtener la victoria; para ganarla no han de economizarse los sacrificios ni los esfuerzos; el general que reserve una parte de su ejército en orden a la persecución, se expone a ser derrotado, o, cuando menos, a que su triunfo no sea lo completo que hu-

biera sido si hiciera el debido uso de todas sus tropas.

Por eso, siendo tantas las batallas que se han reñido en todos los tiempos, registra la historia muy pocos ejemplos de persecución a fondo, implacable y sostenida. No es que nadie ignore o desconozca sus ventajas; es que en la guerra, donde dos voluntades tienen entablado un duelo a muerte, se hace lo que se puede y no lo que se quiere.

De agosto de 1914 acá ha habido dos casos de persecución, como no se recuerdan otros parecidos desde las campañas napoleónicas. El primero fué el

huida: un número enorme de prisioneros y cañones cayó en manos de los alemanes, pero coincidiendo con la retirada un poderoso ejército se concentraba en París; de suerte que cuando el vencedor, entorpecido en su avance por la falta de puentes y el mal estado de los caminos, y por la apresurada e incompleta organización de los servicios de retaguardia, comenzó a ceder en la presión que ejercía, vió surgir en su flanco derecho un ejército potente e intacto y alzarse, a su frente, un enemigo reforzado, que creía deshecho.

Se impuso entonces la retirada hacia el Aisne, tan



Baño improvisado por los soldados alemanes, en una aldea de la Polonia rusa

avance de los ejércitos alemanes de Kluck, Bülow, Hausen y duque de Wurtemberg, en Francia, desde el 23 de agosto al 4 de septiembre; el segundo, la marcha de los austro-alemanes desde el Dunajec al Gnita Lipa, en mayo y junio. Los dos abundan en enseñanzas, precisamente por haber conducido a resultados diferentes.

Cuando la invasión de Francia, el gran cuartel general alemán, creyendo deshechos a los aliados, dispuso que no se perdiera el contacto y que a todo trance se sostuviera la persecución. El general Joffre, que vió claro el peligro, ordenó una retirada precipitada y la destrucción de todas las vías de comunicación; más que repliegue, fué aquel retroceso una

rápida como lo fuera el avance que la precedió. La persecución, incompletamente preparada, y ejecutada con tropas quebrantadas en las batallas primeras, puso en poder de los alemanes un espléndido botín, pero sirvió a los aliados para lograr el éxito moral de ganar terreno desde el Marne al Aisne. En conjunto, y tomando en consideración el curso que después iba a presentar la guerra, aquella persecución merece el nombre de fracaso; no debió proseguirse más allá del 28 al 30 de agosto. El objetivo propuesto no estaba en relación con los medios disponibles.

La marcha de los austro-alemanes desde el Dunajec al Gnita Lipa fué un éxito continuado y completo. Jamás la previsión ha ido tan lejos en lo que ata-

ñe a los servicios de retaguardia; el buen empleo de los automóviles y de las tropas de comunicaciones permitió lanzar detrás del enemigo tropas frescas, que apenas podían custodiar a los millares de rusos que se entregaban o rendían tras leve resistencia; casi todo el botín de guerra se obtuvo en esta persecución. Hay que reconocer, sin embargo, que el éxito se debió en gran parte a la tenacidad de la resistencia rusa. Después de Gorlice y del envolvimiento completo del ejército ruso de los Cárpatos occidentales, la campaña quedó resuelta. Si en lugar de detenerse en el Visloka, en el San, en Grodek, en Lemberg y en el Gnita Lipa, los rusos se hubieran replegado desde luego a sus fronteras y procuraran, como fin capital, perder el contacto con el enemigo (según hicieron los austriacos y los aliados en septiembre de 1914), no quedara abierto el boquete entre el Bug y el Vístula. Cada línea de defensa ocupada sucesivamente por los rusos se tradujo en una derrota y en la persecución subsiguiente, por lo que, en líneas generales, la campaña de Galizia, desde el 3 de mayo a fin de junio, no fué más que una persecución encarnizada y victoriosa, que puso fuera de combate al mejor de los ejércitos con que contaba Rusia. Conviene insistir, de todos modos, en que los frutos se debieron por igual a la previsión y energía austro alemana y a la terquedad y fuerza pasiva de resistencia de los rusos.

Los nuevos teatros de la guerra en Rusia no se prestan tanto a una persecución enérgica; en compensación, si los alemanes pudiesen enviar refuerzos al teatro occidental y obtener en él una victoria decisiva, la persecución que emprendieran no adolecería de los defectos de la del pasado año, y podría parangonarse o acaso superaría a la de Galizia.

II.—¿Es imposible el vencimiento militar de Rusia?

La retirada hacia el E. de la línea rusa está dando lugar a un derroche de literatura que causa estupor, más que asombro. Aunque por la falta de memoria la opinión pública les absuelva, es seguro que los autores de las enormidades que se escriben se avergonzarán antes de un año de las puerilidades y vácuas teorías con que ahora pretenden convencernos de que los hechos no son tal como son, sino como se los imaginan. El arte de ganar victorias y callar derrotas con la pluma ha llegado a un grado de florecimiento tan notable, que para muchísimas personas jamás ha estado tan cerca como en los presentes momentos la derrota inminente e irremediable de los alemanes. ¡Lástima para los teorizantes, que entre los convencidos no estén los generales enemigos! Mueve a risa tanta ignorancia y osadía.

Al cabo de un año de abierta la campaña y de cuarenta siglos de guerras de todas clases y en todos los países, se ha llegado a la conclusión de que, como el territorio ruso es inmenso y no podrán los alemanes sojuzgarlo en toda su extensión, el fracaso del invasor no admite dudas, y por consiguiente tampoco caben sobre la victoria final de los moskovitas. Este alegato, bien aderezado con frases sonoras y razonamientos sutiles, y apoyado con la celeberrima campaña de Rusia de 1812, no deja de producir los

resultados perseguidos. Claro es que se calla que en 1854 no necesitaron los aliados salir de la punta meridional de Crimea para que Rusia se declarara vencida; que en 1905, ni siquiera a la Siberia llegaron los japoneses antes de firmarse la paz; y que si Napoleón fracasó en Rusia, no fué por haber llegado a Moskú, ni mucho menos, sino por no haber cuidado y asegurado debidamente los servicios de retaguardia; de haber procedido como los alemanes desde el mes de agosto en los dos teatros, es posible que hoy día aún estuvieran los franceses en la antigua capital rusa.

Labor de muchos años, en la que cooperaron las mejores inteligencias técnicas del país y en la que se invirtieron sumas inmensas, fué la organización defensiva de las líneas del Vístula, Narev y Niemen; si los rusos acaban de ser expulsados de ellas, su situación militar se afirmará, se dice, porque retirándose al interior se pondrán a cubierto de los golpes del enemigo y reorganizarán sus tropas con tranquilidad, para emprender más adelante una nueva ofensiva. Es el argumento de siempre: nosotros haremos tal o cual cosa, la que más nos convenga, y obtendremos el triunfo. Lo malo es que no se formula la segunda parte del argumento: ¿nos lo dejará hacer el enemigo? Este, lleva ya un año dando una respuesta negativa.

País al que se arruina su potencia militar, es país vencido, aunque no se resigne, ni confiese su derrota. Veamos el estado en que se encuentra Rusia.

En febrero comenzó la declinación del poderío ruso; ni las plazas del Narev y Vístula, ni las tropas de Curlandia han podido contener el empuje alemán, que se había estrellado meses antes contra los mismos obstáculos; entonces, el ejército ruso era un instrumento temible por su solidez y por su número; hoy los hechos están demostrando que ha descendido muchos peldaños de la escalera que conduce a la muerte. Cuatro meses atrás, el formidable ejército de Galizia amenazaba las llanuras húngaras; hoy, está reducido a la impotencia, refugiado en un rincón apartado y excéntrico, sin alientos ni medios para combatir al lado de los que se esfuerzan, en vano hasta ahora, en salvar a la patria en peligro. Ivangorod y Varsovia vieron en octubre las espaldas alemanas; hoy, ondea en ambas la bandera alemana. Jolm y Lublin, que presenciaron la huida de los austriacos hace un año, han contemplado estos días la retirada en derrota del nervio, de lo mejor, de lo único que había aún intacto en el ejército ruso. Los sueños de llegar a Berlín y Buda Pesth han sido reemplazados por la esperanza de salvar de las garras enemigas los ejércitos rusos, rotos y descompuestos, mediante la interposición entre ellos y el adversario de estepas y desiertos. ¿Qué quiere decir todo esto? Que la derrota ha alcanzado a todo el ejército ruso. Los 300.000 prisioneros caídos en manos del enemigo en el mes de julio, suponen 400.000 bajas por lo menos, o sea la décima parte del efectivo total; como consecuencia, muchas unidades se han desorganizado, y aunque se viertan en ellas nuevos soldados, no mejorará el espíritu de las tropas: los que un día y otro han tenido que retroceder, arrojados por la fuerza de los lugares en que más seguros se creyeron, imponen su espíritu a los recién llegados, y estos figuran en el número de lo

vencidos sin necesidad de entrar en fuego. Bien a las claras se observa que el sentimiento de inferioridad encendido por la derrota se extiende rápidamente en las filas rusas; y no es con hombres inflamados por tan negativa convicción como se forman los ejércitos que atacan y triunfan. Por otra parte ¿de dónde va a obtener Rusia el material de guerra perdido, de qué medios se valdrá para encontrar los oficiales que tanto necesita, cómo convencerá a su pueblo de que la victoria se encuentra al término de un camino jalonado por persistentes derrotas? Si con toda su potencialidad intacta y en las mejores condiciones posibles—la sorpresa de su acción,—no ha podido contener al invasor ¿será tan ciego aquel imperio que espere derrotar, con elementos y medios abigarrados y allegados a toda prisa, a quien le ha vencido en todos los lugares y ocasiones? Declarada abiertamente la inferioridad militar, la continuación de la lucha tiene que ser cada día más favorable al vencedor; por eso, cuando el triunfo es imposible, el que lleva la peor parte suele pedir la paz; de lo contrario, las exigencias del enemigo van en aumento y se hace más dura la condición del vencido.

Si los alemanes se hacen dueños, como es de esperar, de las fortalezas que aún se sostienen dictarán la ley a Rusia. Asegurado su frente en aquella línea ¿quién les impedirá obrar en las alas, dominando las orillas del Báltico, avanzando hacia las del mar Negro, y causando la ruina comercial y agrícola del vasto Imperio? Al E. de Brest Litovsk, el sistema ferroviario ruso es pobre y deficiente, y no se presta a traslaciones rápidas de grandes masas de tropas con su material. Más todavía que hasta ahora, la voluntad e iniciativa alemanas se impondrán a los rusos, y el invasor llevará la guerra al punto que quiera y la desenvolverá como quiera. Al perder las fortalezas del Vístula, Narev y Niemen, al gigante ruso le han amputado los pies y le han despojado de movilidad. Alejándose algunos centenares de kilómetros al E., con el tiempo podría poner otro ejército en campaña, pero entre tanto los alemanes habrían dado el golpe de gracia a toda la riqueza del país; y la nueva ofensiva, lo más que podría prometerse es restablecer la situación a su estado actual.

El dilema es claro: o los rusos pierden el contacto con el enemigo o se retiran combatiendo, según su costumbre. En el primer caso, entregan al invasor los mejores recursos del país y le permiten establecerse donde le convenga para contener la futura ofensiva (?); si al retroceder incendian y asolan el territorio como en 1812—no están los tiempos para eso,—tanto mejor para los alemanes, porque se dificultará extraordinariamente el avance del ejército moskovita una vez reorganizado. En el segundo supuesto, se agravará más cada vez la inferioridad rusa, y la destrucción del ejército llegaría a ser total; los hechos están demostrando que los alemanes tienen medios para establecer sus líneas de comunicaciones y que los rusos tropiezan con grandes dificultades para organizarlas. Antes de llegar a Moskú, un ejército ruso que se retirara sin dejar de combatir habría pasado a la historia.

El caso de Rusia ni es nuevo, ni extraordinario; que un genio—Napoleón—se equivocara una vez, no quiere decir que todos hayan de equivocarse des-

pués, ni que se repitan las circunstancias. Antes de dos meses se verá la diferencia radical entre la campaña de 1812 y la de 1915. De consiguiente, y sin necesidad de llevar la argumentación a órdenes exclusivamente técnicos, puede Alemania—si la victoria continúa en sus filas—acabar con la resistencia rusa, o bien ocupar lo mejor del imperio sin temor a la acción de futuros y problemáticos ejércitos; poniéndose en estas condiciones, no será ella quien lleve prisa por concertar la paz. Conviene no olvidar que dos millones de reclutas incorporados a un ejército desorganizado, maltrecho, vencido y en huida, son dos millones de vencidos *a priori*; y que un millón de mozos distribuidos entre tropas acostumbradas a los halagos de la victoria, son otro millón de soldados tan invencibles como los veteranos. En el estado a que ha llegado la guerra, el corazón y la conciencia lo son todo, y el peso de la masa vale poco; a veces es un estorbo. Finalmente, carece Rusia de potencia económica, de organización social y de capacidad militar, para proseguir guerreando dos o tres años sin más esperanza que restablecer la situación—en el caso más favorable—a lo que era al estallar la guerra en agosto de 1914. Si estuviera dotada de aquellas ventajas, no lamentaría a estas horas los desastres y amarguras que la agobian. Por ciega que sea, se le alcanza que el vencedor tendrá siempre levantada la espada, para dejarla caer allá donde advierta que está a punto de cristalizar la resistencia, o, si tan lejos se encuentran esos focos, herir en lo más hondo y arruinar para siempre los centros económicos del imperio. Obrando así, aunque un futuro ejército ruso reconquistara más adelante la materialidad superficial del territorio perdido, Rusia como nación habría perecido. ¿Será menester demostrarlo?

III.—¿Se aproxima la ofensiva contra Francia?

Surge en este punto naturalmente la segunda parte: ¿proseguirá Alemania su acción contra Rusia hasta abatirla por completo, o suspenderá su avance y llevará sus armas contra Francia?

En el terreno militar, el primer partido es el mejor, sobre todo vista la inutilidad de los esfuerzos franco-ingleses contra los invasores de Francia y Bélgica. Las obras, una vez comenzadas, hay que rematarlas, y derrotado el enemigo, es menester acosarlo hasta destruirlo. Únicamente así los frutos son definitivos.

Consideraciones de otra índole, empero, más inspiradas en la realidad, acaso conduzcan a la adopción de otro plan.

Francia es mucho más vulnerable que Rusia; como país más rico, poblado e industrial, las heridas de la guerra le son más crueles; su capacidad general de resistencia es menor; poco acostumbrado a las privaciones y desgracias, su espíritu se doblega antes que el de Rusia. En resumen, una acción afortunada contra Francia, conduciría a resultados más decisivos que contra Rusia, y tendría la inmensa ventaja de abrir al comercio alemán las fronteras de algunos países neutrales. Si antes no pudo emprenderse la campaña enérgica en el Oeste, porque el peligro ruso se presentaba amenazador y temible,

ahora, derrotado y en retirada el ejército moskovita, las circunstancias han variado. Al cabo de más de un año de guerra, Francia no se encuentra ya en condiciones de soportar una nueva invasión, de más amplitud que la primera; del nuevo choque es casi



Torbole, junto al lago de Garda

seguro que surgiera la victoria definitiva de uno de los dos beligerantes, y la paz sería un hecho.

Una ofensiva a fondo contra Francia, exige el traslado al Oeste de gran parte del ejército empeñado en el otro frente. ¿Cabe esto, sin que se corra el riesgo de esterilizar y anular las ventajas conseguidas contra Rusia?

Si el ejército ruso en el pináculo de su fuerza fracasó lastimosamente en todos sus empeños ofensivos, ni que decir tiene cuán mínima será su eficacia de agresión en lo futuro, aunque consiga reorganizarse y reponer el material perdido. Habrá que contar con él todavía como obstáculo resistente, pasivo, pero no como instrumento apropiado de ataque. Han de transcurrir muchos meses, bastantes más de los que ha de durar la guerra, para que recobre su capacidad ofensiva, tradicionalmente escasa.

Dueños los alemanes de las fortalezas rusas, en brevísimo tiempo organizarán una línea que, guarnecida con pocas tropas, pueda sostenerse casi indefinidamente ante las reacciones enemigas. El ejemplo de lo que han hecho en Francia no deja lugar a dudas, y hay que observar que las líneas del Vístula, Narev y Niemen, son inmensamente más fuertes, natural y artificialmente, que las que ocupan en Francia desde Lorena al mar del Norte. Además, tomarían posiciones a vanguardia para detener, romper y quitar unidad al avance ruso, facilitando las maniobras de un ejército de campaña: esto es, repetirían lo que hicieron en los primeros meses de la guerra, pero en condiciones de todo punto mejores.

La paz con Francia significaría el término de las demás guerras, en plazo brevísimo. Pronto se encontrarán los alemanes en libertad para continuar la campaña contra Rusia, o interrumpirla y activar la de Francia. Es de suponer, sin embargo, que no suspendan las operaciones en el teatro oriental en tanto los rusos no se retiren en todo el frente y se refugien

en el interior del país; mientras puedan, los alemanes ahondarán la herida que han inferido al imperio del Norte, con objeto de disponer de más tiempo y recursos para su ofensiva en el Oeste.

Entraña este plan, sin embargo, un peligro que no debe desconocerse. Así como la derrota de Rusia ha deprimido los ánimos de los demás aliados, restándoles energías morales para una campaña ofensiva, el fracaso del ataque alemán contra los aliados devolvería a los franceses su confianza en la victoria y haría renacer las esperanzas en Rusia. Las victorias en el Este han sido, desde el punto de vista psicológico, otros tantos triunfos en el Oeste; una derrota en este último teatro tendría consecuencias gravísimas.

Por consiguiente, van a abordar pronto los alemanes el punto capital a cuyo alrededor gira el resultado de la guerra. Obra preliminar, necesaria, indispensable, fué la derrota de Rusia; falta el último capítulo y éste se ha de escribir en el Oeste; el frente italiano será un sencillo epílogo.

Ciertamente, los aliados no han podido romper las líneas alemanas, ni a los alemanes, por su inferioridad manifiesta les ha sido dado forzar las enemigas. ¿Lo conseguirán cuando dos o tres millones de soldados victoriosos se derramen sobre el suelo francés?

Grande, extraordinario, será su empuje; pero no hay que olvidar que hace seis meses se están preparando los anglo-franceses contra él, y que la potencia defensiva de sus líneas, que se extienden muchísimos kilómetros a retaguardia, es verdaderamente formidable. Para Alemania, es esencial un primer éxito rápido, violento, sin reparar en sacrifi-



Trinchera rusa en el San, destruída por el tiro de la artillería alemana

cios, que haga sentir sus efectos sobre el alma del soldado francés; si el éxito es lento, fragmentario, aislado, es imposible predecir lo que ocurrirá. ¿Cuál será la época mejor para esa ofensiva en el Oeste?

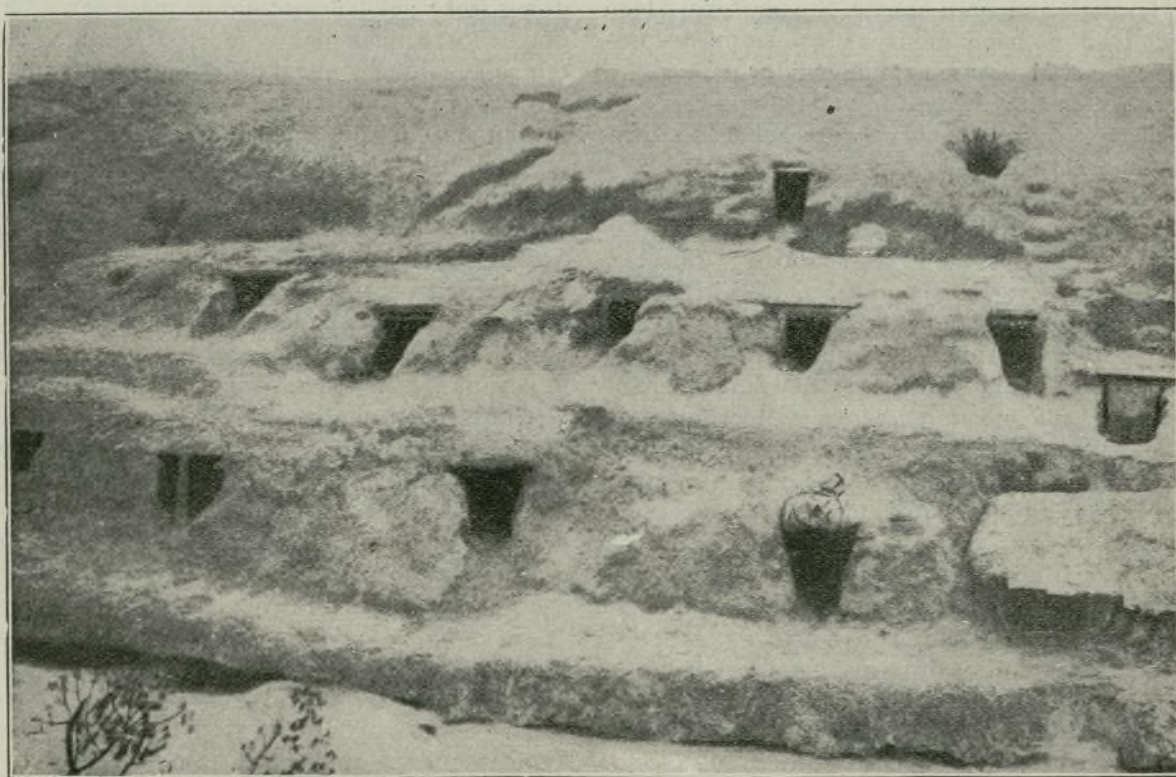


El Kaiser revistando el 2.º regimiento de la Guardia

Despreciando las enseñanzas que nos ofrece esta misma guerra, la opinión general cree que el ataque ha de ejecutarse antes de que expire octubre; a mi juicio, la superioridad alemana se manifestará en condiciones más excelentes en pleno invierno. Lo cual no quiere decir que se aplacen deliberadamente las operaciones contra los aliados, sino que Alemania tiene aún por delante tiempo suficiente para continuar inutilizando a Rusia; caso de negarse ésta a la paz y de replegarse en el interior su ejército, las tropas de Hindenburg, sea en el otoño, sea en el invierno, aparecerán en el teatro occidental.

IV.—Sobre la posibilidad de la retirada rusa, en los últimos días de julio

¡Con qué alegría acogieron los críticos ingleses y franceses la noticia de haber sido contenida la ofensiva alemana entre el Vístula y el Bug, en la primera quincena de julio! El frente Lublin-Jolm estaba guardado por lo mejor y más numeroso del ejército ruso; Mackensen presentaba descubierto su flanco derecho a los golpes de una masa importante que se había reunido en la margen E. del Bug; la línea de comunicaciones alemana era endeble, frágil... Hubo



Abrigos de las tropas rusas en la línea del Bobr

quien pronosticó la destrucción inevitable de las tropas de Mackensen; como consecuencia, la entrada en Lemberg, la reconquista de Przemysl, la invasión—esta vez definitiva—de Hungría. La torpeza de los alemanes igualaba a su osadía. Fueran los críticos sólo los que abrigaran estas ideas, y la causa rusa no padeciera; lo grave fué que también participó de ellas el gran duque.

Muchas veces he hecho notar la obsesión, para mí inexplicable, del alto mando ruso por el teatro S. de la guerra. Cuando se escriba la historia de estas campañas, y por más que se disfracen los móviles y los objetivos, lo que más asombro causará será el saber que Rusia buscó el fin de la guerra en Hungría y no advirtió que su enemigo más temible era Alemania. Como quiera, es lo cierto que el primer día de mayo vió a casi la mitad del ejército ruso en Galizia; la campaña en esta provincia dió por resultado la destrucción o inutilización de millón y medio de hombres (incluyendo las fuerzas ahora inactivas de Ivanov); el cambio de la línea de operaciones de Mackensen hacia el N. entre el Bug y el Vístula, descubrió un peligro inesperado, y contra él fueron lanzadas las últimas reservas y las mejores tropas del imperio; por un momento pareció despejarse la situación. ¿Qué podía temerse, en efecto, de los ginetes alemanes de Curlandia, apoyados por unos pocos batallones? ¿No eran inexpugnables—según los hechos venían demostrando—las fortalezas del Narev y Vístula? Pues si los alemanes arrojaban el golpe de sus fuerzas en la dirección de Lublin ¿por qué no hacer lo mismo los rusos, ya que la situación se les presentaba altamente favorable, por las condiciones geográficas?

Pero cuando los cuatro soldados de Curlandia se trocaron de pronto en 400.000 hombres, que emprendieron una arrolladora marcha hacia el E., los críticos comenzaron a salir de su error y dieron la voz de alarma al gran duque. Sin embargo, bien pesado todo, no había motivos inquietantes de preocupación: si Mackensen era destruido ¿qué podrían hacer los alemanes desde Curlandia contra el formidable centro ruso, ante el cual parecía haberse debilitado el enemigo?

Pocos días después, los rusos fueron derrotados donde menos se esperaba, en Przasznisz, y con rapidez fulminante los alemanes atacaban y forzaban el paso del Narev. ¡Existía un centro alemán, fuerte y vigoroso! Simultáneamente, von Voysch limpió de rusos la región al O. del Vístula y se preparó a salvar este río, a uno y otro lado de Ivangorod. Según esto ¡el ataque emprendido por Mackensen no era el principal! Entonces, el clamoreo se hizo general: ¡urge la retirada! ¿por qué no la emprende desde luego el gran duque? ¡no debe perderse un solo día!

El Gran Duque había perdido mes y medio—desde Przemysl—a satisfacción de sus aliados, que se hacían lenguas de la retirada de Ivanov, y ahora se quería que en veinticuatro horas corrigiera la disposición de todos sus ejércitos. ¡Vano empeño! No se dió cuenta de que se había colocado en una situación falsa, y tuvo, como otro cualquiera en su caso, que arrostrar las consecuencias de su pecado. Es verdad que pudo hacer algo más: replegar su izquierda y unirla al centro, pero la campaña estaba ya per-

didada antes de que se librasen las batallas: en eso consiste la estrategia.

Arrojando la masa de sus fuerzas contra la derecha alemana (Mackensen), el gran duque movió al Sur el centro de gravedad ruso, al contrario de los alemanes, que tenían equilibrado todo su frente. La línea rusa fué tanteada en toda su extensión, y las reservas acudieron hacia los puntos en que se mostró más débil la resistencia enemiga. Golpeados los moskovitas en un punto, al reaccionar eran atacados en otro, y hoy en un lugar, mañana en otro, fueron derrotados en todos.

Roto el frente del Narev, la retirada voluntaria era imposible. Si no se oponía tenaz resistencia en esta parte, el enemigo cortaría las comunicaciones del centro e izquierda rusos, los envolvería y los arrojaría a los pantanos del Pripet. Tampoco cabía replegar el ejército de Alexeiev—entre el Vístula y el Bug—, porque el archiduque José Fernando y Mackensen no aflojaban su presión sobre él, ni permitían que se perdiera el contacto. Imposible recoger las tropas que cubrían el Vístula—Varsovia a Ivangorod—, toda vez que en tal caso von Voysch caería de flanco y envolvería a Alexeiev, al mismo tiempo que amenazaría el centro ruso. Y la evacuación de los frentes del Narev y Niemen, llevaría aparejada la pérdida de la línea principal de comunicaciones de los ejércitos del czar. No había más remedio que aceptar la lucha y pelear hasta sucumbir; la retirada espontánea se había hecho imposible. ¿Comprende ahora el lector lo magistral de la maniobra alemana, comenzada a plantear hace más de cuatro meses? Lo único que estaba en la mano del gran duque fué ordenar la evacuación de los almacenes, parques y material de guerra que había en Varsovia, y así lo hizo.

De esta suerte, no debe inculparse al alto mando ruso por las dilaciones que ha sufrido el retroceso de sus tropas; el daño arranca de más lejos. Cuando uno de los beligerantes gana estratégicamente una campaña, a lo más que puede aspirar el otro es a evitar las consecuencias, mediante una victoria táctica, una batalla afortunada, y en este concepto la superioridad alemana era demasiado manifiesta para que cupieran dudas sobre lo que iba a acontecer.

Los alemanes han tenido a su favor la superioridad de mando, de organización, de preparación, de instrucción, de espíritu y de todas las cualidades morales; los rusos tenían de su parte la ventaja del número, de la masa. No era bastante, ni lo ha sido nunca, ni lo será jamás, para compensar sus grandes inferioridades en los otros aspectos, y ha sucedido lo que debía suceder más o menos pronto. Sólo había una posibilidad de victoria: que la suerte fuera más propicia a los franceses e ingleses, pero para ello era menester que éstos se sacrificaran como los rusos, que arriesgaran la suerte de la guerra en una batalla decisiva, y no lo han intentado.

En resolución: de cuantos errores cabe razonablemente hacer responsable al cuartel general del gran duque, el menos fundado es el que más se cacarea: no haber dispuesto la retirada. Se comprende que sus aliados pregonaran como aciertos lo que fueron desaciertos evidentes, porque lo que les convenía era que los alemanes se debilitaran y tuvieran muchas bajas, aunque las rusas fueran mayores, y a

este efecto convenía que los soldados del czar no cesaran de combatir; pero no puede pasar sin protesta de los espíritus imparciales que, después de haber contribuido con consejos interesados a meter a los rusos en un callejón sin salida, clamen ahora y se revuelvan contra el gran duque por no haber sabido evitar lo que era inevitable. Es la eterna historia de todas las alianzas: siempre hay un tercero sobre quien descargar la responsabilidad de las desdichas; el amor propio queda en buen lugar, pero no por eso se gana la guerra. Ha de proclamarse muy alto: todos los errores del ejército ruso—y más que hubiera cometido—han quedado redimidos por su heroica conducta en las circunstancias más críticas, por su temple de alma, difícil de igualar, y por su abnegación llevada hasta el sacrificio.

V.—Varsovia

Los acontecimientos más importantes y trascendentales de la presente guerra, se sintetizan en dos nombres: Amberes y Varsovia.

Amberes significó la conquista de Bélgica, la apertura de las fronteras septentrionales de Francia, la amenaza a Inglaterra. En el orden militar su importancia excede a la de París. Varsovia representa la conquista de Polonia, la apertura de la frontera rusa, la amenaza a la unidad del Imperio. Pero ¿no es más que eso Varsovia?

Como era de prever, se ha tratado de disminuir su importancia; se afirma y sostiene que la retirada rusa fué espontánea y de efectos salvadores; se dice que la cortina de fortalezas de los tres ríos era anticuada y no servía para nada...; es menester volver la espalda a la realidad, olvidarla, para atreverse a escribir lo que se ha escrito y escribe.

La pérdida de Varsovia ha sido la estocada mortal inferida a Rusia. Tan persuadido estaba de ello, con razón, el Gran Duque, que ha realizado esfuerzos supremos por conservarla; y sólo cuando por el N., en el Narev, y por el S., aguas abajo de Ivangorod, vió cómo los brazos enemigos se estrechaban tratando de envolver la plaza; y sólo cuando fué derrotado en el Narev y en el Vievprz y la amenaza a Vilna se hizo tangible, se decidió a evacuar la capital de Polonia; para ello tuvo que sacrificar a Novo Georgievsk, se vió obligado a sufrir nuevos descalabros en la margen derecha del Vístula y entre el Narev y el Bug, tuvo que resignarse a que Mackensen siguiera asestando sus famosos y formidables golpes. Era menester salvar el centro, y para ello las alas, a pesar de sus derrotas, tenían que contener al enemigo. Pudo emprender hace un mes la retirada general sin contratiempos ni dificultades, y abandonó la idea porque implicaba la evacuación de Varsovia, y esta medida era el reconocimiento y la consagración de la victoria de Alemania.

Gracias a las plazas fuertes del Vístula, Narev y Niemen, Rusia pudo concentrar sus ejércitos, lanzarlos en las direcciones convenientes, llevar tropas de un punto a otro; la misma barrera, rompió dos veces el avance alemán y privó de unidad de acción a los movimientos que ejecutaban las alas. Desde larga fecha, Rusia preparó aquel sistema de fortalezas, tanto para hacer frente a una ofensiva alemana, como para ejecutar a su vez una invasión en exce-

lentes condiciones. Al caer Varsovia, todo eso se ha derrumbado: la línea del Vístula está en poder de los alemanes; flanqueada y a punto de desmoronarse la cortina que se extiende hasta Kovno, aunque no la hubiese roto el invasor en el Narev; queda privado el ejército ruso de ferrocarriles trazados con miras estratégicas; sus movimientos se harán más difíciles; el enemigo puede amenazar y caer en la dirección que más le convenga; si hasta aquí ha impuesto su voluntad e iniciativa al Gran Duque ¿qué será en lo sucesivo, cuando ya no haya obstáculos que se le opongan?

No es extraño, pues, que los rusos defendieran desesperadamente el terreno palmo a palmo, imaginando acaso que en algún punto podrían contener la ofensiva alemana y llevar fuerzas a otro. Combates en que se retrocede pausadamente, dejando millares de prisioneros y mucho material de guerra en manos del enemigo, un día y otro, no son fases de una retirada estratégica voluntaria; si así fuera, los rusos se habrían replegado en las direcciones que les convenían y todo el ejército estaría ahora reunido, en lugar de formar masas separadas que retroceden hacia donde pueden; no han evacuado la Polonia oriental: han sido echados de ella. Y si hay alguien que no se deje convencer por los hechos, por dar más valor a las palabras, lea lo que ha escrito, pocos días antes de la evacuación, mister Washburn, corresponsal del *Times* en Varsovia (1), que corrobora por completo lo que antecede.

Derrotados los rusos y tomada Varsovia, las consecuencias inmediatas y naturales serán la caída de plazas desde Novo Georgievsk a Kovno. En muchísimos meses no puede ya Rusia pensar en una guerra de invasión. Habría de comenzar por recuperar lo perdido; y si en esta empresa han invertido más de un año los alemanes ¿cuánto tardarían sus adversarios?

Dejando un corto ejército en los tres ríos y volviendo a poner en estado de servicio las fortificaciones, Alemania no tiene ya nada que temer de Rusia, en la presente guerra; está en disposición de llevar el mayor golpe de sus fuerzas a otro teatro. De suerte, que Varsovia ha sido una catástrofe tan grande para Rusia, como para Francia e Italia. Las consecuencias de orden político de este acontecimiento no creo sea menester puntualizarlas. Por si no bastaran las tropas, los ríos y las plazas, un nuevo pueblo se interpone entre Alemania y Rusia, poco dispuesto a dejarse conquistar de nuevo por la segunda.

Hubiera evacuado a tiempo el Gran Duque el territorio de que ha sido expulsado y la guerra ofensiva de los alemanes terminara en Varsovia. Ahora, es de creer que no se satisfagan con la ventaja pasiva, sino que traten de alcanzarla completa y definitiva, prosiguiendo su acción enérgica contra el Imperio del Norte, hasta obligarle a la paz. Difícil es que lo consigan; pero lo lograrán si en estos momentos graves el Gran Duque y sus tropas no dan muestras de una agilidad mental y corporal que han brillado poco en los pasados meses.

Para el pleno éxito de la última campaña alemana, es indispensable que los turcos se sostengan en

(1) Se publicará en el cuaderno próximo. (N. de la R.)

Gallípoli, y que los aliados no fueren el paso de los Dardanelos. Esto es de extraordinaria importancia para los imperios centrales.

VI.—La situación el 13 de agosto

Por el choque con torpedos fondeados o por el ataque de submarinos, han sido echados a pique en los últimos días: un contratorpedero alemán y otro inglés; un submarino austriaco; dos torpederos, y los submarinos *Nereida* y *Nautilus*, italianos; y el acorazado al servicio de Turquía, torpedeado por un submarino en el mar de Mármara, *Hairedin Barbarossa*, que fué construído en 1900, tenía 10.800 toneladas y estaba armado con 4 cañones de 24 centímetros, 14 de 15, 12 de 8, 8 y 6 tubos de lanzar.

Una división naval alemana intentó entrar en el golfo de Riga, pero fué rechazada por los torpederos y submarinos rusos, apoyados por algunas unidades de gran porte.

En los teatros meridional y occidental, nada ha ocurrido digno de mencionarse.

En los Dardanelos, los aliados, visto el fracaso de sus tentativas de avance, han desembarcado en la costa O. de la península de Gallípoli, y, aunque no han conseguido ganar terreno, se sostienen contra la ofensiva turca. Antes de que se resuelva definitivamente la guerra en Rusia, es de creer que los aliados realicen un esfuerzo supremo para abrirse paso hacia Constantinopla. Por ahora, tiene más importancia lo que acontezca en los Dardanelos, que lo que ocurre en Francia y en las fronteras austro-italianas.

El interés de la guerra sigue concentrado en la campaña contra Rusia.

Ya no cabe duda: los alemanes no suspenden su ofensiva, ni se limitan a precaverse contra todo peligro ofensivo que en lo futuro viniera del E., sino que tratan de acabar con la fuerza militar del gran Imperio, para obligarle a la paz o desmembrarlo sin riesgo. Y es indudable también que el Gran Duque no había previsto la derrota de sus ejércitos en todo el frente, y hasta última hora no dictó la orden de retirada general. Los alemanes han encomendado la misión de entorpecerla, la de obligar al enemigo a batirse y ceder terreno poco a poco, a los ejércitos del S.: Mackensen y Voysch; y la de destruir las masas que no consigan escapar, a los del centro: príncipe Leopoldo de Baviera (al E. de Varsovia), von Gallvitz y von Scholtz; los del N., von Below, tienen el cometido de cortar las comunicaciones de todo el ejército enemigo con el N. del Imperio. Veamos en qué condiciones se desarrolla la campaña.

En Curlandia, la caballería cubre un amplísimo frente, y, amenazando a Riga, ocultó el movimiento envolvente del ejército de von Below, que avanza y se aproxima a Dünaburg (véase el mapa número 31, del cuaderno 44) y se cierne sobre Vilna; Kovno, donde se han replegado los rusos, está envuelto por

el N. y el S. El eje, el objetivo principal de toda la maniobra es Vilna: si cayera en poder de los alemanes antes de que los restos de los ejércitos rusos llegaran a Brest-Litovski, la salvación de éstos sería imposible.

Después de Vilna y Brest-Litovski, el tercer punto en importancia es Bielostock. Este debe de ser el objetivo de von Scholtz, que se ha apoderado de Vizna, en la desembocadura del Bobr en el Narev, y la fortaleza de Lomza.

Von Gallvitz ha rebasado Ostrov, ocupa ya la línea del Bug, ha completado el cerco de Novo Georgievsk dos de cuyos fuertes del E. han caído en sus manos, y está a punto de cortar la vía férrea Varsovia-Bielostock.

De consiguiente, los rusos sólo disponen de una libertad relativa de movimientos a retaguardia de la línea Kovno-Olita-Grodno-Ossovietz, amenazada por el N. y el S., y de importancia estratégica secundaria.

En el S., los ejércitos alemanes se extienden desde Siedlce, por Lukov y Radin hasta Vlodava. Ante su presión combinada, la masa principal del ejército ruso se repliega hacia Brest-Litovski. Si este gran centro de vías férreas no descongestiona rápidamente la afluencia de tropas y material de guerra que allí llegan empujados en todo el frente, el ejército ruso será empujado al Bug, acometido de flanco y destruído. Las fracciones que logren escapar, es difícil que puedan llegar oportunamente a Vilna y se perderán en masas dispersas en el interior de Rusia. Son los momentos presentes de extraordinaria gravedad para los ejércitos del Gran Duque. Se comprende que oponga una resistencia desesperada, para dar tiempo a que el nudo de comunicaciones Brest Litovsk cumpla su papel; pero cuanto más resiste, menos son las tropas que se substraen a la persecución. ¡Qué claro se ve ahora el error capital que cometió, y que conocen mis lectores, de haber agrupado las más de las fuerzas en el S. del teatro de la guerra! Esta campaña no puede prolongarse muchos días; todo indica que antes de fin de mes habrá quedado resuelta. Es evidente, de todos modos, que el ejército ruso ha sido roto, despedazado, y se ha perdido la conexión entre sus diferentes grupos; no hay ya objetivo estratégico, ni plan ninguno; el instinto de conservación, el afán de salvarse, le mueve a resistir y pelear como puede y donde le atacan; millares de prisioneros caen diariamente en manos del vencedor..... Y entre tanto, las tropas de Ivanov, contenidas por ejércitos austriacos muy inferiores en número, se encuentran impotentes en el extremo de Galizia, condenadas a perecer ¡gracias a aquella maravillosa retirada de que se hacían lenguas los críticos aliados!

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

13 agosto 1915.